

lirico vaga con la seguridad del que vive en su elemento, desde la entraña en que nace el canto y la tristeza.

A veces, entre los mástiles de estos versos nos parece vislumbrar la sombra sublime de Charles Baudelaire, aunque no hallemos en las imágenes de Reyes influencias del lacerado autor de *Las flores del mal*.

En *Rutas* desfilan puertos del Pacífico con su colorido especial y ese murmullo que se interna en el pecho del viajero, que coge en su espíritu cielos, panoramas, sonrisas de mujeres, lamentos de la tierra herida al andar.

En *Elegías* se evocan figuras de Juan de Egaña y Aliro Oyarzún, y el recuerdo alumbra con ese tenue resplandor con que asistimos a las exequias de los que han desaparecido en mitad de la esperanza, sin que su labor artística hallara el molde definitivo.

Alejandro Reyes entrega en su obra un jirón de su pasado armonioso y lo hace con la serenidad de quien avanza en la tierra al compás de sus sentimientos, sin premura ni cansancio, y da a la vida su voz en la que ha dejado el mar cristales y espumas.

Los poemas de Reyes responden a una sed de belleza, mantenida desde sus horas de adolescente, cuando en el rostro de todas las cosas presentía el poeta la solemne cadencia del océano.

Veamos en sus cantos a un caracol de nuestras playas y llevémoslo al oído para escuchar su rumor perseverante, y de este modo la luz del poeta será nuestra.

ANGEL CRUCHAGA S. M.

MANUEL CALVILLO, *Estancia en la voz*.—México, Tierra Nueva, 1942.

Ninguna de las nuevas voces de la poesía joven de México posee la fluidez del sentido poético que en Manuel Calvillo se hace patente, quizás no como una virtud sino como una forma natural de íntima expresión. Hay en él una arraigada creencia en la poesía, ya no ideas sobre ella ni discursos a su costa, sino esa seguridad con que se llega al mundo, encontrándose ahí, advertido por la propia voz, como sobre un terreno conocido por el sentimiento, donde ser es estar viviendo en una nueva verdad, en la verdad más suya, en sí mismo transportado a lo más entrañable, a lo que más define, a la más clara expresión de la existencia: el amor. Amor sería el verso mismo, porque en él y por él se verifica la forma poética, se hace realidad del ser, justificación de la propia vida. En Calvillo no es el amor una simple forma o fórmula de poesía, sino la poesía misma, la base única sobre la que se apoya para crear el verso, y así, en un gozo tan íntimo cuanto más íntima resulta su expresión, apoya su obra que, aunque apenas iniciada, apunta ya como una de las más verdaderas de nuestro ambiente poético. Su primer pequeño libro,

Estancia en la voz, recientemente publicado por la editorial fantasma "Tierra Nueva", defiende esta su posición que es, si no original, sí auténtica y verdadera.

El recuerdo de Carlos Pellicer —sobre todo en el peligroso uso del esdrújulo y el sustantivo adjetivante— no empaña sino que reafirma en Calvillo el hábito que hacia el camino poético le lleva, como un insistir sobre la intensidad de la emoción con un impulso rápido de encontrar la palabra justa que defina las cualidades de que goza intrínsecamente su verso. Idéntico al proceso de elaboración del verso, su emoción elude el proceso de lento transcurrir, el derivarse estadio sobre estadio emocional, y rompe la lógica habitual para concentrarse en un ritmo de desenvolvimiento poético que no guarda ni con mucho las formas poéticas que todo poema entraña en sí mismo. Esto sucede, sobre todo, porque el poeta no se embriaga con la poesía misma sino con el sentimiento sobre el que ella descansa, haciendo abstracción total de la palabra como tal y tomándola como simple instrumento, medio para crear lo que a sí mismo se dicta. La forma de su poema, sin atentar nunca en contra de la poesía, sí se presenta con grandes desequilibrios de construcción, como si el poema se hiciera más verdadero de una parte, y se negara en otra. En "Cuando se habla de ella" se hace patente esta afirmación; toda la primera parte está escrita en más esquema y silogismo que la segunda; el uso de diversos verbos da a la primera una calidad diferente que no se consigue en la segunda; sin embargo, el valor puramente poético de la segunda está sostenido en una emoción más intensa que la de la primera. El recuerdo de Villaurrutia, aunque exclusivamente formal, aparece en esa segunda parte. Si no, leamos:

Tu presencia no es hoy esta mirada
de tus hombros al viento,
ni el subyugado sueño de tu imagen;
no es pronunciar tu nombre
o las frases de un diálogo imprevisto;
no es el aroma a trigo y tu cabello
desatados a sombra de la lluvia...
...es algo que mi voz alude apenas,
es una certidumbre en la que existes,
es esto, amor, oculto, derramado
en el hondo suceso de mi sangre.

La rosa del poeta de los nocturnos presta aquí su elaboración poética, su forma, para crear nueva y dignamente un hermoso poema que, si por una parte adolece de defectos formales, por otra está salvado en sus cualidades poéticas que al fin y al cabo son las que importan, puesto que de poesía hablamos. No es nuestro objeto, desde luego, insistir en lo formal con detrimento de la poesía misma, como tampoco intentamos negar lo que la poesía es independientemente de la forma; una y otra

se condicionan y equilibran, alimentándose de sí mismas y prestándose apoyo para realizar conjuntamente la obra de arte. Además, el desequilibrio entre forma y poesía no es en México un fenómeno del todo desconocido; poetas que consideramos perfectos formalmente, si los observáramos con más detenimiento veríamos que su tal perfección apenas es un mito lejano de constituir lo fundamental de su poesía, pues casi todos ellos se dejan arrastrar por la emoción o la idea poética, colocándola sobre la forma pura. De manera que la actitud de Calvillo a este respecto no difiere diametralmente de la dirección poética de nuestra actual poesía.

Cuando creemos que Calvillo ha traspasado todo escombros que lo pueda alejar de su meta amorosa, la huella del Manuel José Othón angustiado ante el paisaje, aparece como una esencia dentro del poeta joven. Calvillo es quien mejor conoce, de entre la última generación, la obra del poeta potosino, de manera que su influencia no debía ser algo extraño dentro de su verso; veamos cómo concluye unas liras de soledad en que, para estar acordes con nuestra idea amorosa que de su poesía extraemos, hemos de dar el nombre de "liras del amor de mí mismo":

Allá queda la lumbre
anegando los valles y la altura
de amarga pesadumbre
sobre la yerba oscura
y el insomnio, sin mí, de la llanura.

Y esto, que nos hace recordar a uno de los grandes poetas nuestros, aún no revalorado por nuestra generación, nos da la certeza de que Calvillo ha hecho una decorosa estancia en la poesía, apoyando su voz en firmes antecedentes que sirven a su palabra poética para decir todo aquello que en su más honda intimidad vive, hecho amor y sensibilidad. No creemos en los definitivos primeros libros, pero sí estamos seguros de que un primer libro define el camino que se ha de seguir en cuanto a la dignidad poética. Y Calvillo, con este primer libro suyo, se coloca ahora en un sitio de responsabilidad ante nuestra generación. Quisiéramos que no se tratara de una simple estancia en la poesía, sino de la iniciación de un camino a seguir, del comienzo de una obra, puesto que Calvillo posee para ello las indispensables armas: dignidad y emoción poéticas.

ALÍ CHUMACERO,
México.

JANUARIO ESPINOSA, *La ciudad encantada*.—Santiago, 1942.

Mucho tiempo había permanecido en silencio el autor de *Pillan*, hermosa novela de la aldea chilena —el más feliz de los aciertos de *Januario Espinosa*— donde encontramos resumidas muchas de sus cuali-